

NADIE SABE QUE ESTOY AQUÍ

ADRIANA VALDÉS

Miembro del Consejo de
Lectores de RyP



En estos tiempos de pandemia, violencia, crispación y polarizaciones, no sólo las estatuas reciben agresiones. Por eso importa mucho esta reflexión de nuestra consejera Adriana Valdés, alta autoridad cultural, a propósito de la recién estrenada película chilena “Nadie sabe que estoy aquí”.

Tiene sutilezas esta película, chilena, hecha para Netflix por la productora Fábula. Se ve con atención, sencillez, placer y curiosidad por las imágenes y las excelentes actuaciones. Su joven director Gaspar Antillo fue recién premiado en el festival Tribeca.

Filma con excelencia el paisaje del sur, las pequeñas islas, los cielos, el agua, los bosques, las cascadas, lo inmenso (“Me ilumino / de inmenso”, escribió Ungaretti), la dimensión enorme de la soledad. La sangre, también, mucha sangre, sin episodios de violencia voluntaria ni gratuita, a diferencia de películas gringas. La sangre como un elemento de la vida, como rojo símbolo del nudo que nos amarra con lo animal, con la carencia y el sufrimiento, con la frustración y el odio, con la vida también, con sus heridas.

Otro ritmo, me escriben en Twitter, y sí, eso también alivia al verla. Se pone en evidencia cuando al final hay escenas en Santiago y en un canal de televisión, y ese ritmo, afiebrado y de mentira, empieza a chocar al espectador. (Las heridas pueden sanar, en la película “le cosieron los dedos” cortados al tío, y cada día le duelen un poco menos, dice.)

Pienso en la convivencia ciudadana de estos días, en que han dolido tanto las heridas nuevas y antiguas. Alguien habla de “recuperar”, y creo que no es buena palabra. La crisis nos ha enseñado que es insuficiente. La desigualdad no da para más, es una

herida abierta que se ha mostrado en sus dos caras: resistencia potente, hace meses, y ahora flagrante victimización de demasiados ciudadanos, los más pobres. No sé si habrá una ética ciudadana que “recuperar”; la que había estalló en pedazos antes de la pandemia y mostró entrañas sangrientas (se me cruza una imagen de la película).

La desigualdad puesta en evidencia por la pandemia, y los efectos sobre la economía, con las quiebras, la cesantía, las carencias, parecen ser calamidades suficientes. A ellas se está añadiendo, por ambos extremos de un espectro político angustiado, una glorificación de la fuerza y la violencia, física y verbal, que deslegitima los posibles acuerdos y las conversaciones ciudadanas.

Los símbolos de perros a punto de morder (hoy circulan) angustian, recuerdan épocas horribles de la historia del mundo y prometen más sangre. No sé a quién pueden alegrar, pero algunos los celebran en el día de hoy. Las primeras calamidades no han podido evitarse. Ojalá haya tiempo todavía de evitar las últimas. Ojalá, como para el protagonista de la película, las cascadas y las inmensidades del paisaje común ofrezcan a la vez un símbolo y un alivio.

La ética ciudadana necesita una renovación potente. Como mínimo, focalizarse contra la desigualdad y contra la violencia personal, tanto física como verbal. Las dos son enemigas de un ejercicio equitativo de la ciudadanía. Cuidemos el derecho de cada uno a vivir decentemente, y el derecho a pensar de otro modo y a decirlo sin saña.

Termino con el título de la película: “nadie sabe que estoy ahí”. Se parece un poco al “nadie lo vio venir”. Me da miedo, y también vergüenza.